

El sacerdote y la catequesis:

Las tareas específicas que todo presbítero debe realizar en la catequesis (I)*

Francisco Romero Galván

Delegado de catequesis de la archidiócesis de Mérida-Badajoz

Vamos a reflexionar sobre las tareas específicas que el sacerdote, como ministro de la Palabra, ha de realizar en la catequesis. Es, sin duda, que es una reflexión que se prevé larga y profunda, por lo que deseamos irla desgranando paulatinamente para que en pequeñas dosis sea más fácil digerirla en lo intelectual y en lo pastoral.

El recorrido que deseamos emprender abarca un itinerario que va desentrañando primero las actitudes espirituales y de acción del presbítero en este campo, pasando, posteriormente, a describirlas facetas concretas que deberá ejercer en el ámbito de la pastoral catequética. Queda, por tanto, así, el recorrido que pretendemos realizar:

- Introducción.
- El sacerdote oyente de la Palabra.
- El sacerdote, ministro de la Palabra.
- Suscita y discierne vocaciones para la catequesis.
- Formador de los catequistas.
- Acompañante espiritual.
- Responsable de la planificación catequética.

* Este estudio se compone de cuatro partes que se irán publicando en los sucesivos números de la revista.



- La formación catequética que debe llevar como bagaje.
- Conclusión.

Este camino de profundización tiene una unidad, ya que aspira a dar luz en lo concreto del ejercicio del ministerio sacerdotal, pero vamos a servirla en cuatro momentos diferentes, pues vemos que es la mejor forma de hacerlo en una revista como *Actualidad Catequética*. No por ello pierde ni su riqueza ni su sabor a nuevo en unas ideas que la Iglesia ha ido encontrando en el discurrir de los tiempos. Te invitamos a meterte en la barca con nosotros e ir abriendo las páginas que se te irán sirviendo a lo largo de cuatro números sucesivos de esta revista de información y formación catequéticas.

Abordamos en esta primera entrega una introducción general sobre el tema que nos ocupa, introducción que pretende abrirnos apetito sobre aquello que vamos a ir tratando y nos capacita para situarnos en el umbral de la comprensión serena y de la necesidad urgente de entender lo que estamos haciendo y lo que nos queda por hacer en el campo de la catequesis, aunque, eso sí, desde y con la figura especial del sacerdote en ella.

Abierta la entrada al tema con la introducción general, tratamos en este primer momento dos realidades esenciales que han de jalonar todo el ministerio catequético del presbítero; me refiero a que el sacerdote ha de ser en primer lugar un oyente de la Palabra y que no puede olvidar que es ministro de la misma en el ejercicio de su pastoral y de su vida. No es posible que la Palabra sea anunciada sin que antes pase por el corazón de quien la anuncia. Es imprescindible, por ser algo esencial en el ministerio, que el sacerdote viva una profunda espiritualidad que le lleve a una vida de oración intensa y a saber acoger y saborear la Palabra que proclama. Del mismo modo, su vida pastoral ha de estar imbuida del deseo de anunciar a tiempo y a destiempo la Palabra de Dios, Palabra que debe ser transmitida a todos, a unos como primer anuncio, a otros para afianzar su fe en el proceso catequético, a otros, ya adultos en la fe, para que la Palabra ilumine sus vidas. Son ahora estas dos realidades las que vamos a sacar sobre nuestra mesa de estudio para ser profundizadas y hacerlas nuestras.

Hemos celebrado con gozo del 19 de junio de 2009 al 11 de junio de 2010 un Año Sacerdotal convocado por el papa Benedicto XVI que pretendía no pasar por alto la conmemoración de los ciento cincuenta años de la muerte del santo Cura de Ars, guía y maestro de todos los presbíteros. Este Año Sacerdotal ha dado la posibilidad de reflexionar sobre la vocación, la identidad y el ministerio de los sacerdotes, a la vez que ha abierto las puertas del corazón de muchos de ellos para renovar su espiritualidad o afianzarla mirando aquella primera llamada del Señor a su persona para el ministerio sacerdotal. Sabemos que han sido muchas las acciones y las actividades que en todo el mundo se han realizado con este fin y que seguro que darán muchos y buenos frutos para la Iglesia. Desde la catequesis no queremos dejar pasar este acontecimiento y, aunque sea ya fuera de tiempo, deseamos aportar una reflexión sobre la figura del presbítero y su tarea en la catequesis. Nosotros que amamos la catequesis y el sacerdocio, queremos contribuir a animar a todos los presbíteros para que sientan el gozo de haber sido llamados por Dios a un ministerio tan grande, en el que bajo la inspiración del Espíritu Santo, actúan en la persona de Cristo y hacen de buenos pastores en la comunidad cristiana. Ojalá sirvan estas reflexiones para abrir caminos de esperanza a todos los sacerdotes que trabajan incansablemente anunciando a Jesucristo con la palabra y el testimonio de sus vidas, a la vez que contribuyan a abrir nuevas perspectivas a todos los fieles para que amen y valoren el ministerio sacerdotal y la catequesis.

Introducción

Ante el gran abanico de actividad pastoral que al presbítero de hoy se le demanda y ante la carencia de nuevos ministros ordenados, el sacerdote ha de concretar, para no perderse, entre otras cosas, cuál debe ser su papel en el ministerio de la Palabra y, en concreto, en el de la catequesis; de esta manera, conociendo lo específico y propio de lo que tiene que hacer en este campo, puede simplificar y hacer eficaz su tarea, además de desarrollar su ministerio con el gozo de ser fiel a Dios y al hombre de su tiempo, y vivir con paz el servicio que la Iglesia le encomienda.

“El Señor llamó a los que quiso para que estuvieran con Él y para enviarlos a anunciar su Evangelio” (Mc 3,14). El sacerdote ha sido elegido por Dios de entre los miembros de su pueblo, para que por medio de la imposición de las manos, represente en la comunidad cristiana a Cristo¹ y realice la tarea de enseñar, santificar y ser pastor, como colaborador del obispo y bajo su autoridad².

1 Cf. PO 2.

2 Cf. LG 28.



Al recibir el sacramento del orden, el presbítero es enviado para entregar aquello que por sus solas fuerzas no puede dar, a fin de que actúe en nombre de otro y sea su instrumento vivo. Ningún hombre puede hacerse por sí mismo sacerdote, ni ninguna comunidad cristiana puede promover por decreto a nadie para ello; solo se puede recibir este sacramento si la elección proviene de Dios, ya que solamente el que envía puede decidir a quién envía, y más cuando la persona se va a convertir, por medio del sacramento, en la voz y en las manos de Cristo en medio del mundo³.

La concreción de la llamada del Señor al sacerdote hace que, en primer lugar, viva con Él, tengan ambos una relación íntima. El presbítero será llamado a conocer y a amar personalmente a Cristo, a vivir con Él, a estar cerca de Él. Este conocimiento y este amor hacia Cristo llevará al sacerdote a testimoniar ante el mundo y la comunidad lo que ha visto y oído en su intimidad con el Señor. Ese trato con Jesucristo se realiza mediante la oración y es, en ella, donde el Señor comunica a su elegido los sentimientos del Buen Pastor y se hace amigo suyo. Por todo ello, el sacerdote debe ser, ante todo y sobre todo, un hombre de oración; es más, la oración es parte de la acción de su ministerio de la Palabra⁴.

El Señor llama a los presbíteros y les encomienda una tarea que consiste en predicar su mensaje y continuar su misión de Buen Pastor. Este servicio deben hacerlo en su nombre, representándolo, transparentándolo, haciendo sus veces bajo la acción del Espíritu Santo, que es el artífice del ministerio encomendado y el que vendrá en ayuda de la debilidad del presbítero. La tarea encomendada por el Señor consiste en cuidar, guiar, alimentar, reunir y buscar como buen pastor a las ovejas. Realizarlo no es tarea fácil, pues hay muchos enemigos que tratarán de impedirlo, acarreando al misionero la cruz; cruz que es necesario cargarse sobre sus hombros si quiere seguir al Maestro y poner por obra lo que el Maestro le dice⁵.

El presbítero es ministro de la Palabra, es decir, es responsable del anuncio directo del mensaje salvador del Señor a todo hombre, tanto en el primer anuncio como en la catequesis y en la predicación constante de la Palabra a los convertidos. Debe trabajar para que la comunidad cristiana

3 En el artículo J. RATZINGER, "Sobre la naturaleza del sacerdocio", *Teología y catequesis*, 41-42 (1992) 37-49, podemos encontrar una preciosa explicación de lo que el sacramento del orden realiza en la persona que lo recibe para la misión a la que es convocado.

4 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal*, Madrid 2009, 8-13.

5 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal*, Madrid 2009, 14-18.

sea evangelizadora y asuma la responsabilidad de este anuncio con sus obras y sus palabras, a tiempo y a destiempo, en todos los entresijos del mundo en el que está inserta, en la familia, en la sociedad, en el mundo laboral, en la cultura, en la política...⁶. Además del primer anuncio kerigmático, el sacerdote ha de ejercer el ministerio de la Palabra en la actividad catequética como una tarea propia. La catequesis quedaría dañada sin la participación activa del sacerdote pues, como pastor de la comunidad, ha de estar impulsando y animando el proceso central de la iniciación cristiana. Pero es conveniente preguntarse: ¿cuáles son las tareas que les son propias al sacerdote en la catequesis? Fundamentándola en la Palabra de Dios, la tradición, el magisterio y la liturgia del sacramento del orden en el grado de presbítero, podríamos señalar las siguientes:

- 1.- Suscitar la responsabilidad común de la comunidad cristiana respecto a la catequesis.
- 2.- Suscitar y discernir las vocaciones para el servicio catequético y fomentar en la comunidad el reconocimiento y el aprecio hacia el catequista y su tarea.
- 3.- Poner en relación la catequesis y otras formas de educación en la fe como la educación cristiana en la familia, la enseñanza religiosa escolar, los movimientos y asociaciones, etc., y relacionar la catequesis con otras realidades pastorales de la comunidad, la liturgia, los sacramentos, la oración, la caridad, la promoción y la justicia social.
- 4.- Formar a los catequistas para el desempeño de su ministerio, tanto en el ser como en el saber y en el saber hacer. Formación tanto inicial como permanente.
- 5.- Procurar que se ofrezca catequesis a todos, tanto a los adultos como a los niños, los adolescentes, los jóvenes, los miembros de las hermandades y cofradías, los movimientos y asociaciones de fieles, los discapacitados, los obreros, los universitarios...
- 6.- Para el ejercicio de la catequesis deberá buscar los instrumentos más adecuados y eficaces, sabiendo que el *Catecismo de la Iglesia católica* será el punto de referencia obligada.
- 7.- Ayudar a los catequistas y a los catequizandos en el crecimiento y en la vivencia de su vida espiritual, especialmente mediante la dirección o el acompañamiento espiritual. Hacer de los catequistas

6 Cf. P. JURÍO GOICOECHEA, "Agentes de la catequesis", en PEDROSA, V., M^a – NAVARRO, M., *Nuevo diccionario de catequética*, Vol. 1, Madrid 1999, 144-145.

una comunidad de discípulos que sea punto de referencia para los catequizandos.

8.- Integrar la catequesis en el proyecto evangelizador de la parroquia y fomentar la intercomunicación de los catequistas con otros agentes de la pastoral.

9.- Garantizar la vinculación de la catequesis con el obispo y con la Iglesia particular⁷.

Junto al ministerio de la Palabra, el presbítero es también ministro de los sacramentos y de la liturgia y, por ello, debe vincular la catequesis con los sacramentos de la iniciación cristiana y buscar la relación necesaria entre la catequesis y la eucaristía, haciendo que se forme a los catequizandos en la realidad misteriosa, ritual y simbólica. Por otra parte, el sacerdote tendrá un amor especial por la Eucaristía, la cual será el centro de su propio ministerio.

Otro sacramento propio del presbítero es el de la reconciliación. Si la catequesis es crecimiento en la vida cristiana y en la vida de fe y, por ello, implica una conversión constante, tendrá que ayudar a conocer y a vivir este sacramento, a discernir entre el bien y el mal, a saber lo que es pecado y lo que no lo es, a vivir en estado de gracia y libertad. El sacerdote celebrará este sacramento con los catequizandos como expresión de la conversión al Señor en el proceso de la iniciación cristiana⁸. Del mismo modo, el sacerdote tendrá sacramento de la reconciliación como práctica habitual de su vida cristiana y sacerdotal.

Es misión del presbítero ser ministro de la comunión. Como pastor descubre, reconoce y fomenta los distintos carismas y servicios que hay en la armonía de la vida y de la acción de la comunidad⁹. El sacerdote ha de coordinar y potenciar los demás servicios y carismas de la comunidad¹⁰. En cuanto al servicio de la catequesis, procurará que se le dé el lugar que le corresponde, que sea ejercida por catequistas competentes, que se desarrollen itinerarios que ayuden a la iniciación cristiana... Cuidará la comunión eclesial, la vinculación de la comunidad con la diócesis y con la Iglesia universal. Además, relacionará la catequesis con las demás acciones de la

7 Las tareas propias del sacerdote en la catequesis las encontramos subrayadas y desarrolladas en estos textos: DGC 225; DMVP 47. 54 ; CF 40-42.

8 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal*, Madrid 2009, 14-18. Aquí se señala y profundiza la relación del sacerdote con el sacramento de la Eucaristía y con el sacramento de la reconciliación.

9 Cf. PO 9.

10 Cf. DGC 224.

pastoral parroquial, junto a la puesta en práctica de los planes pastorales y catequéticos de la diócesis¹¹ y velará por la verdad que la catequesis ha de transmitir¹².

Todo el ejercicio del ministerio en las tres dimensiones de ministro de la Palabra, de los sacramentos y de guía de la comunidad, deberá estar jalonado por la caridad pastoral, actitud propia de quien se sabe buen pastor. El sacerdote en todo será maestro y testigo, por que todo lo realizará por amor al Señor, con las actitudes del Buen Pastor, procurando cumplir la voluntad de Dios, sabiendo que es ministro de una Palabra que no le pertenece sino que es mensajero de ella, pero que está tan cautivado por ella, que ha puesto toda su vida a su servicio. El protagonista de su acción no es él, sino el Señor que le ha enviado a ello, y le ha invitado a que vaya por delante haciendo suya la Palabra que debe proclamar¹³.

Presentado el elenco temático que deseamos abordar para destacar la tarea específica del sacerdote como ministro de la Palabra y de la catequesis, vamos ahora a profundizar en cada uno de los aspectos, concretando la especificidad de este servicio, tan necesario y fundamental en la Iglesia, y destacando aquello en lo que el sacerdote no puede dejar de hacer para vivir la misión que el Señor le ha encomendado.

El sacerdote, oyente de la Palabra, identificado con Cristo

Una vez que Jesús llamó a sus discípulos y estos le responden, el destino de estos llamados estará unido y ligado a Cristo (*Lc 5, 1-11*). El apóstol será un enviado, pero sobretudo un especialista en Jesús. Cuando los discípulos preguntan a Jesús dónde vive, este le responde: “venid y lo veréis” (*Jn 1, 38-39*).

La aventura de los apóstoles comienza así, como un encuentro de personas que se abren mutuamente. Pero los discípulos comienzan un conocimiento del Maestro. Ven dónde vive, se quedan con Él y comienzan a conocerle. Y es que ellos no deben ser anunciadores de una idea, sino testigos de una persona. Antes de ser enviados a evangelizar tendrán que estar con Jesús y establecer con Él una relación personal. Partiendo de esto, la evangelización no es más que un anuncio de aquello que se ha experimentado y una invitación de estar con el misterio de la comunión con Cristo¹⁴.

11 Cf. P. JURÍO GOICOECHEA, *Agentes de la catequesis*, 134-148

12 Cf. DGC 225.

13 Cf. J. RATZINGER, *Servidor de nuestra alegría*, Madrid 2007, 65-76.

14 BENEDICTO XVI, *Los apóstoles y los primeros discípulos de Cristo*, Madrid 2009, 18.

El sacerdote es, por tanto, un discípulo de Cristo que, llamado y seducido por Él, ha puesto su vida al servicio del Señor, tanto para compartir la existencialmente como para ser testigo y maestro en el ejercicio de su misión. Es parte de la tarea del ministerio sacerdotal la vida en intimidad con Cristo¹⁵. El sacerdocio es una llamada del Señor a compartir la vida, a vivir con Él, a estar con Él. Esto ha de preceder a la tarea de la misión o, mejor, la misión del ministerio ordenado abarca tanto la vida de relación con Dios como la del servicio a la Palabra. Ambas son dos piezas de un mismo paño. Son la doble realidad que Cristo confía al sacerdote. Nadie duda de que todo bautizado debe vivir una vida de seguimiento a Cristo, donde la relación con Él sea esencial e imprescindible, pero es en la llamada al sacerdocio donde va implícita la llamada a vivir una relación íntima con Dios como parte del propio ministerio que se le confía al presbítero. Es más, el sacerdote no ejercería el ministerio al que fue llamado si no mantienen una relación íntima con el Señor que le llamó. Cristo los llamó “para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar” (Mc 3, 14); para las dos cosas.

Viviendo, una honda espiritualidad en santidad, el presbítero se identifica y continúa la misión de Cristo, una misión de la que es vicario, pues actúa en su nombre y en su nombre debe ser mensajero del Evangelio. De esta forma, el sacramento del orden lo configura con Cristo y le hace actuar en persona de Cristo cabeza, como signo sacramental de Cristo. Aquí está lo específico del ministerio sacerdotal. Los sacerdotes están llamados a reproducir la imagen de Jesús como pastor, pues son sacramento de Cristo Buen Pastor. Esto lo podrán hacer en tanto en cuanto estén viviendo y relacionándose con Él ya que toda su vida, desde su espiritualidad, quedará teñida por esta identificación¹⁶.

El anuncio del Evangelio requiere la oración previa del mensajero, la comunicación del mensaje, que es el mismo Cristo en su misterio pascual, mediante obras y palabras, para que lleve a quien lo escucha a acogerlo en su interior y encontrar la salvación y la verdad en Él. Para llegar a esta meta, el sacerdote ha de asumir múltiples tareas pastorales que le llevarán a andar de aquí para allá en mil cosas ocupado y, esta dispersión, sin una honda vida espiritual, puede generar un sentimiento de vacío y justificar no tener tiempo para retirarse y encontrarse con el Señor y recibir nuevas fuerzas e inspiración para sí y para su ministerio. Esta división externa puede llevar a la división interna que hace que el ministerio sea más una

15 Cf. PO 13.

16 Cf. R. PALMERO RAMOS, *La catequesis en el ministerio sacerdotal*, en SECRETARIADO NACIONAL DE CATEQUESIS, *El sacerdote y la catequesis. XXV jornadas nacionales de delegados diocesanos de catequesis*, Madrid 1992, 114-118.

carga que un gozo buscando, en ocasiones, huir de él¹⁷. El presbítero ha de evitar vivir en la dispersión, centrando su vida en quien le eligió para el ministerio, procurando vivir desde estas coordenadas:

- 1) La comunión interna del sacerdote con Cristo. Comunión que ha de hacerse patente tanto en su conciencia como en su actuación: «todo lo que hago, lo hago en comunión con Cristo».
- 2) La ascesis en la tarea pastoral. En su quehacer ha de aprender el presbítero a superarse. En el dolor, en el desengaño y en el fracaso ha de aprender a abandonarse en Dios. En la alegría y en el éxito ha de aprender a ser agradecido. Todo su trabajo ministerial lo pone en las manos de Cristo, lo realiza desde Cristo, reza a Cristo por su tarea y por quien se va a beneficiar de ella.
- 3) Debe introducirse cada vez más profundamente a través de la vida en el misterio de Cristo.

No será posible la vivencia del ministerio sin una verdadera interioridad creyente. El servicio ministerial sin interioridad se convierte en activismo vacío. De esta manera, el tiempo para Dios es parte de la pastoral. No debe ser una actividad más, una carga añadida, sino la respiración del alma, sin la cual el presbítero se queda sin aliento, pierde el aliento espiritual, el aliento del Espíritu Santo¹⁸.

Ante la necesidad de vivir esa íntima relación del presbítero con Dios, habría que buscar los cauces que la han de posibilitar, los medios que debe poner en práctica en su vida sacerdotal para que toda ella esté impregnada de la relación con Dios. A este respecto leemos en la primera carta a Timoteo:

Dedícate a la lectura, a la exhortación y a la enseñanza. No descuides el carisma que hay en ti, que se te comunicó por intervención profética mediante la imposición de manos del colegio de presbíteros. Ocupate en estas cosas: vive entregado a ellas para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Vela por ti mismo y por la enseñanza; persevera en estas disposiciones, pues obrando así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen. (1ª Tim 4, 13-16).

Podemos destacar en este precioso escrito paulino que para exhortar y enseñar hay que leer, es decir, profundizar y meditar lo que se debe anunciar; que ser fiel al carisma supone ser fiel a la enseñanza recibida de Cristo y de los apóstoles; que se debe hacer un anuncio explícito, pues esta es la

17 Cf. J. RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe*, Madrid 2004, 174.

18 Cf. J. RATZINGER, *ibíd.* 175-177.

misión de la Iglesia de la que el sacerdote es constituido heraldo. Pero no debe realizarse de cualquier forma y manera, sino que antes debe pasar el mensaje por el mensajero, haciéndolo suyo y evangelizándose para posteriormente evangelizar a otros. Este camino no está exento de dificultades. Pero estas no se superan adaptando o desvirtuando el mensaje, o procurando que sea menos exigente. Esto se evita si la Palabra es acogida, asimilada y convertida en vida previamente en el corazón del presbítero. Así, el mensaje será proclamado con toda fidelidad y no se deteriorará la fuerza misma que posee, capaz de convertir el corazón de los hombres. El sacerdote debe identificarse con aquello mismo que predica; tiene que recibirlo como dirigido a sí mismo; tiene que vivirlo como la fuerza de su propio ministerio. Debe ser al mismo tiempo evangelizado y evangelizador. El presbítero debe acoger y escuchar la Palabra. Así crecerá en la fe y en el seguimiento a Cristo, además de madurar su vida espiritual¹⁹.

Dicho lo anterior, nos centramos ahora en los medios necesarios con los que el presbítero debe vivir su ministerio como oyente de la Palabra que anuncia:

1.- En primer lugar hemos de señalar que el presbítero ha de ser un hombre de oración. La oración personal le pondrá cada jornada en la presencia de Dios, donde ambos pueden departir juntos. La oración comunitaria, la oración que el sacerdote ha de hacer con el pueblo de Dios, pueblo al que anuncia los misterios del reino. La oración de la Iglesia en la liturgia de las Horas, la que se compromete a realizar al recibir el sacramento del orden en el grado de diácono; una oración litúrgica que empapa de Dios cada momento de la jornada, en la que ora con toda la Iglesia y junto a ella glorifica a su Señor. La oración apostólica en la que el presbítero presenta a Dios su tarea ministerial y la vida de aquellos que tiene confiados, sus necesidades, sus problemas y sus alegrías. El pastor que cuida de sus ovejas poniéndolas en la presencia del Buen Pastor, para que este las acoja y las presente ante el Padre²⁰. Los presbíteros tienen una aportación insustituible que es la oración sacerdotal, «en nombre de la Iglesia oran a Dios por todo el pueblo que le ha sido confiado y hasta por el mundo entero»²¹. La oración ha de ser el rocío que empape la vida del presbítero, que le reconforte, que le anime, que le llene de esperanza, que le haga progresar y vivir su vida ministerial.

19 Cf. J. I. RODRIGUEZ TRILLO, "El sacerdote y la catequesis hoy en España", *Actualidad Catequética*, 202 (2004) 68-75.

20 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *El sacerdote y la educación*, Madrid 1987, 111-112.

21 PO 5.

2.- El sacerdote es oyente de la Palabra que anuncia. «Como ministros que son de la Palabra de Dios, lean diariamente y oigan esa misma Palabra de Dios que deben enseñar a otros... esforzándose por recibirla en sí mismos haciéndose, de esta forma, cada día discípulos más perfectos del Señor»²².

El presbítero, como discípulo del Señor, escucha la Palabra y la recibe en su corazón como Palabra de Dios, pero esta escucha comporta entrar en comunión de vida con ella, pues el mensajero ha de identificarse con el mensaje que le precede; debe ser escuchada desde el corazón, para que lleve a entrar en diálogo vital con el Señor; ha de escucharse injertada en la tradición de la Iglesia, pues la escucha de la Palabra ha de ser siempre un acto comunitario y eclesial; ha de ser leída, interiorizada y estudiada para poder entregarla a los demás como la Palabra requiere ser anunciada²³.

Quien se ha enfrentado a la Palabra la ha escuchado, la ha hecho suya, ha recibido la fuerza para ser testigo y maestro de ella. Quien se encuentra con ella, le hace ser testigo, pero no repetidor, sino que le lleva a estar al servicio del encuentro entre Dios y el hombre; pero tampoco será un testigo inventor de la Palabra, pues no es suya, no le pertenece, sino que será un servidor en fidelidad, obediencia y creatividad.

Cuando se encuentre con la Palabra, la proclamará con sentimiento de la pobreza del siervo, la pobreza de vida, la pobreza existencial, la pobreza del ministro que anuncia una tradición que no es suya, sino que ha recibido, pero que no puede disponer de ella.

La fuerza de la Palabra hará que el pregonero asuma la cruz que su misión reporta, una cruz que vendrá por el rechazo, la burla, el no ser acogida, el no dar los frutos previstos; una cruz que, asumida con paz, abrirá camino para la esperanza. Así pues, la Palabra ha de ser leída, acogida, interiorizada, orada, contemplada, estudiada, por el sacerdote desde la vida, en la tradición de la Iglesia y para la edificación del pueblo de Dios²⁴.

Como propuesta concreta para acercarse a la Palabra de Dios señalamos la *lectio divina*, un camino que ha ayudado a muchos a penetrar en el sentido del texto bíblico y desde el cual han llegado al encuentro con Dios y han iluminado su vida. Proponemos al presbítero que la Palabra que ha de anunciar sea previamente interiorizada y, para ello, el método de la *lectio divina* puede ser uno de los caminos:

22 PO 13.

23 Cf. DV 25.

24 Cf. A. BRAVO, *La Palabra de Dios en la vida del sacerdote*, en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Congreso: La espiritualidad sacerdotal*. Madrid 1989, 306-308.

- **Invocación al Espíritu Santo.** Antes de iniciar la lectura del texto bíblico, es necesario invocar al Espíritu para que sea la luz que revele la Palabra que Dios desea comunicar pues la Palabra solamente se puede leer en el mismo Espíritu con el que fue escrita. Esa luz vendrá por la gracia del Espíritu Santo.
- **Lectio.** Consiste en leer y releer el texto para comprenderlo y situarlo en su contexto y en el conjunto de la Sagrada Escritura. Mirar el texto dentro de la historia de la salvación que vuelve a ser Palabra que ilumina la historia del oyente. Debe empaparse de su contenido y hacerlo suyo.
- **Meditatio.** Desentrañar lo que el texto dice al oyente. Permitir que la Palabra descienda a la hondura del espíritu de quien lo está haciendo suyo. Se trata de rumiarlo, haciendo posible que la Palabra vaya calando dentro, hasta quedar hecha carne propia, percibiendo la actualidad del mensaje.
- **Collatio.** Es la lectura de la Palabra a la luz de la fe eclesial para integrarla en el conjunto de la fe cristiana. Si la *lectio divina* se realiza en grupo, es este el momento de compartir con otros la Palabra escuchada a la luz de la tradición y de la fe de la Iglesia.
- **Oratio.** «Lo que yo digo a Dios y lo que Dios me dice a partir del texto». Entrar en diálogo oracional entre Dios y el oyente. La oración es la respuesta a las sugerencias e inspiraciones, al mensaje de la Palabra. Se debe orar expresando lo sentimientos que la Palabra ha suscitado: acción de gracias, alabanza, súplica, adoración, arrepentimiento...
- **Contemplatio.** Es el tiempo de silencio en el que se saborea la Palabra recibida y se deja al Espíritu Santo actuar por medio de su gracia.
- **Actio.** Todo encuentro con el Señor presente en su Palabra culmina con la misión. Es el momento en el que la Palabra se lleva a la vida concreta mediante la caridad.
- **Acción de gracias.** El camino termina agradeciendo a Dios el don de su Palabra y el don del Espíritu Santo²⁵.

25 Para poder profundizar en el método de la *lectio divina* recomendamos dos textos que a nuestro parecer son iluminadores y significativos para comprender el verdadero sentido de este proceder: F. CONTRERAS MOLINA, *Leer la Biblia como Palabra de Dios. Claves teológico-pastorales de la lectio divina en la Iglesia*, Estella 2007, 337-353; M. MASINI, *La lectio divina*, Madrid 2001, 349-430.

San Juan de Ávila decía a los sacerdotes que antes de anunciar la Palabra era necesario que el heraldo la acogiese en su corazón y la viviese en constante conversión. Esto es imprescindible para que el predicador no se predique a sí mismo robándole la gloria a Dios. Sigue diciendo que el predicador, viviendo la Palabra, se ve estimulado a buscar las virtudes que no posee y que necesita en su camino de seguimiento a Cristo. Por ello, nunca debe quedarse en la letra, sino ahondar en su significado más profundo. Recomendando el santo de Ávila que antes de predicar, el buen predicador debe estudiar y prepararse, pues es necesario que conozca y ame apasionadamente la Escritura²⁶.

3.- El sacerdote ha de ser un hombre de Dios que ha de proclamar el Evangelio desde la experiencia interior de vivir en Cristo. Para ello, es imprescindible que sea el hombre de los sacramentos²⁷, mediante los cuales recibirá la fuerza de la gracia y del amor de Dios, se acercará a los misterios del Señor y proclamará las maravillas de Dios que se hacen presentes en ellos por medio de la Palabra y de los signos sacramentales. El presbítero debe ser el hombre de la Eucaristía, en ella acogerá la Palabra de vida en su corazón y la proclamará a la comunidad cristiana; pondrá sobre el altar su vida y la de cuantos le han sido confiados; comerá el cuerpo de Cristo como alimento y fuerza para el camino. La Eucaristía será el centro de su vida sacerdotal. En ella descansará y de ella se fortalecerá para proseguir realizando con gozo el ministerio al que ha sido llamado por el Señor.

El presbítero es el ministro de la reconciliación. Antes que ministro del perdón se dejará reconciliar por el Señor en el sacramento de la penitencia en su camino de constante conversión. Sus debilidades y pecados los pondrá en el corazón misericordioso de Dios para ser purificados. Desde la experiencia personal de la misericordia infinita de Dios, ofrecerá a los miembros del pueblo de Dios a él confiados la posibilidad de celebrar el sacramento de la reconciliación y vivir el gozo de la misericordia divina.

El sacerdote es el que auxilia a los enfermos, el que les lleva el amor de Dios y los unge con el sacramento del consuelo, de la fuerza en la debilidad y de la esperanza. Allí llevará la Palabra del Señor y proclamará la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte además de la esperanza de la otra vida y de la resurrección. Es el hombre que, en nombre de Cristo, cuida, reconforta, anima y da esperanza al que vive en la noche del dolor y de la enfermedad.

26 J. DEL RIO, *Espiritualidad sacerdotal en los escritos de san Juan de Ávila*, en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Simposio: La espiritualidad del presbítero diocesano secular*. Madrid 1987, 555-560.

27 Cf. G. RUPRI, *Ministro Della Parole e dell'altare*, Via Verità e Vita 189 (2002) 10-21.

4.- Como oyente de la Palabra, el presbítero deberá revisar su propia vida bajo la luz de esa Palabra, al mismo tiempo que, si lo ve necesario, junto con otros presbíteros, se ejercite en la revisión común de vida. Es necesario que cada cual tenga un proyecto personal de vida mediante el que estructure y organice su propia existencia a la luz de la Palabra de Dios; al mismo tiempo que ha de revisarla bajo esa misma luz para poder crecer en madurez humana y sacerdotal.

5.- La dirección o acompañamiento espiritual es un ministerio propio y característico del ministro ordenado, mediante el cual ayuda a otros a crecer en la vida humana y espiritual, buscando constantemente la voluntad de Dios en la vida de estos. Pero, igual que acompaña o dirige espiritualmente a otros, el sacerdote, debe estar igualmente acompañado en su vida espiritual; debe tener su propio director espiritual que le ayude a crecer humana y cristianamente²⁸.

6.- Decía san Juan de Ávila que la Palabra ha de ser estudiada profundamente por quien la predica. Así, el estudio y la formación permanente, en todas sus facetas y elementos, debe ser necesario para ser un buen ministro de la Palabra. La Palabra ha de ser profundizada por la mente y por el corazón para que, siendo luz para el ministro, pueda serlo para los que oigan la Palabra que proclama.

El sacerdote hace, del mismo modo, su propio camino espiritual y de maduración en la fe, en el cual recorre un proceso en el que vivirá diferentes etapas, momentos y experiencias, mediante las cuales crecerá y madurará en la santidad a la que el Señor le llama.

Ahora bien, no podemos ni debemos olvidar que es el Espíritu Santo quien actúa en el sacerdote para iluminar su vida con la Palabra que lee, medita, ora o estudia. Y, además de actuar en el que anuncia el mensaje, lo hace en quien lo acoge en su corazón después de oírlo. Así pues, el Espíritu Santo es el protagonista de la misión que el Señor encomienda al presbítero, pues es el Maestro interior y el inspirador de la Palabra. Por ello, el sacerdote ha de invocar la presencia y la ayuda del Espíritu con constancia y humildad para que venga en su ayuda en la misión que tiene encomendada. También el Espíritu Santo le capacita para actuar como enviado de Cristo, aunque no le enseña un nuevo mensaje, sino que recuerda y hace entender el mensaje del Evangelio que hay que transmitir con fidelidad. El protagonismo del Espíritu Santo no quita la responsabilidad del sacerdote en cooperar con la misión, de poner sus cualidades humanas, los dones recibidos de Dios, al servicio del anuncio de la Palabra²⁹.

28 Cf. DMVP 54.

29 Cf. M. ROCA, Sacerdotes para la misión en «*Teología y Catequesis*», 41-42 (1992) 52-54.

Terminemos este apartado con unas palabras del cardenal Ratzinger que recogen con gran belleza la necesaria vida espiritual del presbítero:

El sacerdocio del Nuevo Testamento supone una auténtica comunión con la misión de Cristo. De su misión participa todo sacerdote. De ahí que para la vida y el ministerio sacerdotal sea básica una íntima relación personal con Cristo. Al cultivo de esa relación debe tender toda formación sacerdotal. El presbítero debe ser un hombre que conoce íntimamente a Jesús, sale a su encuentro y aprende a amarle. El presbítero, pues, ha de ser un hombre de oración, un hombre auténticamente espiritual. Sin una firme base espiritual no puede perdurar en su ministerio. Del misterio de Cristo debe aprender también a buscar en su vida no a sí mismo ni su propia promoción. Debe aprender a gastar su vida por Cristo y por su rebaño. Quien trabaja para el Señor deja el éxito al Señor y le confía gozosamente sus preocupaciones. Cuando buscamos el éxito profesional, el sacerdocio comienza a resultar un trabajo que supera nuestras fuerzas y echa sobre nuestros hombros una carga demasiado pesada. De la íntima comunión con Cristo nace también una participación en su amor hacia los hombres, en su voluntad de salvarlos y prestarles auxilio. Quien conoce a Cristo desde dentro ansía comunicar a los demás el gozo de la redención que posee en el Señor: la tarea pastoral procede de esta comunión de amor, e incluso en los momentos más difíciles se alimenta de ella y de ella llena su vida. El verdadero amor a Cristo se expresa también en la voluntad de conocerle a Él y todo lo que a Él se refiere³⁰.

El sacerdote, ministro de la Palabra

La identidad del ministerio sacerdotal se fundamenta en la identificación con la misión de Jesucristo y en la continuidad de la misma en la Iglesia mediante el ministerio apostólico. Por el sacramento del orden los presbíteros quedan sellados con un carácter peculiar, gracias al Espíritu Santo, que les capacita para obrar en la persona de Cristo, y en su nombre anuncian la Palabra, celebran los misterios de la fe y guían a la comunidad cristiana³¹. La Iglesia, como sacramento de salvación, debe evangelizar, celebrar y comprometerse por la justicia y la caridad en el mundo, como esencia de su misión. El sacerdote estará al servicio de ello, y unirá la evangelización y la liturgia, igual que la evangelización y el compromiso social a favor de la promoción humana.

30 J. RATZINGER, «Sobre la naturaleza del sacerdocio», en *Teología y Catequesis* 41-42 (1992) 48.

31 Cf. PO 2. 4-6; PDV 11-18; C. HUMMES, «El sacerdote y el ministerio de la catequesis. A los diez años de la publicación del Directorio General para la Catequesis», en *Teología y Catequesis* 109 (2009) 13-26.

Por el ministerio de la Palabra el sacerdote está vocacionado a evangelizar a todos con la Palabra del Señor, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe, mediante el primer anuncio y la catequesis, y conduciendo a los creyentes a un conocimiento cada vez más profundo del misterio de Cristo, revelado y comunicado a los hombres³².

El sacerdote debe ejercer el ministerio de la Palabra en una sociedad secularizada y plural, que no busca a Dios y organiza todo como si Dios no existiera, que no se plantea las grandes preguntas últimas sobre el sentido de la vida y del hombre. Una sociedad que es tierra árida y en la que hay que sembrar la mejor semilla para que germine, crezca y dé fruto. Sembrar la Palabra de Dios en el corazón del hombre que vive en esta sociedad es una tarea urgente, pero al mismo tiempo difícil y muy complicada. Ante esta dificultad, el sacerdote no debe caer en la tentación de arrugarse y de acomplejarse, de retirarse a sus cuarteles de invierno hasta que venga una ocasión mejor. Al contrario, el sacerdote debe ser misionero en una Iglesia misionera, que se esfuerza por ser más evangélica y que trata de expresarse en el lenguaje que el hombre de hoy entiende; que se hace presente en los centros de cultura; que acepta, sin complejos, la confrontación con las corrientes filosóficas, científicas y culturales, sabiendo que tiene una verdad que anunciar; que comparte las angustias y las esperanzas de la sociedad en la que está inserta.

Y es que el presbítero, al ejercer el ministerio de la Palabra, ha de abrir nuevos caminos al servicio de la evangelización, con imaginación y creatividad. No basta con renovarse a nivel de ideas, es preciso nuevas maneras de presentar el mensaje, nuevos modos de presencia, nuevos campos de evangelización, nuevos métodos de actuación pastoral. Ha de estar dispuesto a servir al mundo sin ser del mundo, como Jesucristo, Buen Pastor y punto de referencia para la vida y la actuación del sacerdote. La figura bíblica del pastor es una figura sacrificada, valiente, generosa, que da la vida por los suyos y pasa por el mundo haciendo el bien. Como buen pastor, el sacerdote ha de implicarse en la evangelización como tarea esencial de su misión. Ha de proclamar a Jesús como buena noticia, a tiempo y a destiempo, mediante el testimonio y la palabra, haciéndose presente en la vida de las personas y comunidades cristianas.

Al ejercer la función misionera no debe olvidar que también es ministro de la comunión y que deberá crear lazos de unidad y comunión entre los creyentes, entre todos los hombres, entre las diferentes acciones pastora-

32 Cf. J. DELICADO BAEZA, «El sacerdote y la catequesis», en SECRETARIADO NACIONAL DE CATEQUESIS, *El sacerdote y la catequesis. XXV Jornadas nacionales de delegados de catequesis*, Madrid 1992, 28.

les, entre la parroquia y la Iglesia diocesana. El sacerdote es el hombre de la comunión. El ejercicio de esta llevará al presbítero a remitir a cada uno a su propia responsabilidad dentro de la comunidad eclesial. Ha de construir la comunidad, ser vínculo de comunión de la misma y trabajar incansablemente para que se abra al mundo y le comunique la buena noticia salvadora de Jesús. El sacerdote ha de hacer resonar el Evangelio en nuestra sociedad y animar, formar y responsabilizar a la comunidad cristiana para que asuma que esta es también su tarea y la lleve a cabo³³.

El ministerio de la Palabra se realiza mediante un proceso evangelizador en varias etapas, donde la comunidad cristiana debe sentirse interpelada por la exigencia de su bautismo y de su confirmación a trabajar en esta evangelización. A su vez, el sacerdote, como bautizado y como pastor de la comunidad, tiene que realizar una tarea específica en este proceso evangelizador.

Como no puede ser de otra forma, al inicio del proceso de la evangelización la Iglesia realiza el primer anuncio a los no creyentes o vuelve a proclamar el mensaje a los que se alejaron de la fe para que retornen de nuevo al corazón del Señor. Este periodo del primer anuncio culmina con la primera conversión y con el deseo, por parte del oyente, de seguir a Jesucristo, después de haber despertado a la fe³⁴.

Este primer anuncio es responsabilidad de toda la comunidad cristiana que debe proclamar el kerigma en medio del mundo en el que vive, para que la semilla del Evangelio pueda germinar en el corazón de todo hombre. Es responsabilidad del sacerdote formar y concienciar a todos los creyentes para que sean misioneros en sus ambientes, haciendo que estos anuncien la buena noticia en sus hogares y a sus familias, en el mundo del trabajo, en sus relaciones sociales, estando presentes en la vida política, social o cultural, en los medios de comunicación social, etc., para impregnarlo todo de los valores del Evangelio, mediante el testimonio de una vida de fe coherente y caritativa, acompañada de la Palabra salvadora del Señor³⁵. Al mismo tiempo que anima a la comunidad a ser misionera, el sacerdote debe sentirse llamado a evangelizar él mismo a todos los hombres mediante el ejercicio de su ministerio y por su presencia secular en el mundo. Allí ha de predicar el primer anuncio que despierta la fe e invita a la conversión.

33 Cf. J. BESTARD COMAS, «Espiritualidad sacerdotal ante una nueva etapa de evangelización», en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular. Simposio*, Madrid 1987, 583-596.

34 Cf. PO 4; CT 19; DGC 47.61-62.

35 Cf. SE, 15.

El presbítero procurará, mediante una formación sólida y espiritual, concienciar a la comunidad eclesial de su responsabilidad en el primer anuncio misionero. Los cristianos han de ir al encuentro de los no creyentes y los indiferentes allí donde estén, para ofrecerles la Palabra de vida y suscitar en ellos las grandes preguntas sobre el sentido del hombre y de la vida. Lo harán en todo momento y circunstancia; sin embargo, aprovechará aquellas ocasiones especiales de la existencia como el nacimiento, enfermedad y muerte para estar presentes mediante la cercanía y la palabra oportuna y proponerles allí el kerigma cristiano. La fe se propone, nunca se impone.

La comunidad cristiana ha de tener clara conciencia de su identidad cristiana y, desde ella, debe encarnarse en el mundo para llevar el mensaje de salvación. Esto será posible siempre que celebre la Eucaristía como el centro de su vida de fe, se llene de Dios desde la oración y la escucha de la Palabra de Dios, experimente el amor de Dios y viva en caridad. Es en el encuentro con el Señor donde repondrá fuerzas que le anime a seguir evangelizando, especialmente cuando las dificultades y el rechazo del Evangelio se hagan presentes³⁶.

Señalábamos también que el primer anuncio kerigmático y el despertar en la fe es tarea específica del presbítero. El ejercicio de su ministerio sacerdotal le brindará múltiples oportunidades para realizarlo, al igual que sus relaciones sociales y humanas le propiciará los medios para proclamar el mensaje del Evangelio y proponer la vida de seguimiento a Cristo. El sacerdote, desde la pastoral de la salud, llevará la Palabra de Dios a los enfermos, ancianos, impedidos, a todos los hombres que están sumergidos en el dolor y a sus familiares más cercanos que los cuidan y acompañan. A todos anunciará al Dios del amor, de la salud y de la eternidad con su cercanía, el consuelo y la esperanza, para que en esos momentos duros y difíciles, se acerquen a Él y reciban su fuerza que les capacite para enfrentar el dolor y el sufrimiento desde la fe en el Señor y con esperanza. Otro medio privilegiado para el primer anuncio será el momento en el que llegan las personas a la parroquia a solicitar algún sacramento o por cualquier otro motivo. Aquí, la acogida, la escucha, la comprensión y la palabra certera podrán envolver el kerigma que despierte la fe o que provoque el interrogante que lleve a Dios. En otras ocasiones se podrá estructurar y organizar, desde la parroquia, medios concretos para realizar este primer anuncio: en las celebraciones litúrgicas donde hay muchos alejados de la fe, en acciones de religiosidad popular, mediante misiones populares, invitando a participar en un cursillo de cristiandad, acompañando a la comunidad en

36 Cf. L. SORAVITO, «Presbíteros animadores de comunidades evangelizadoras... ¿qué perspectivas?» en *Actualidad Catequética*, 202 (2004) 61-64.

acciones socio-caritativas, por medio de los medios de comunicación... Es en este ejercicio cotidiano de su ministerio donde mayores posibilidades se le brindan para realizar el anuncio misionero³⁷.

El sacerdote propondrá el Evangelio de manera activa y dinámica en todos los lugares por los que discurre su vida y donde se relacione con los hombres, haciendo que la luz del Evangelio ilumine el corazón de todos mediante la Palabra salvadora que él, como buen mensajero, transmite³⁸. El anuncio se proclamará a todos, sin exclusión, y se realizará mediante obras y palabras, amando a los hombres a los que se les anuncia, siendo solidario con sus problemas, ilusiones y esperanzas, además de establecer con ellos una relación de fraternidad³⁹.

Una vez realizado el primer anuncio y suscitada la fe, la comunidad cristiana acompaña al convertido en la formación básica y fundamental de su fe mediante la catequesis. Este momento se caracteriza por ayudar a los convertidos a crecer y robustecer su fe, de manera que puedan llegar a la confesión adulta⁴⁰, introduciéndolos en el conocimiento de los misterios de Dios, en la liturgia, en el ejercicio de la caridad, en la oración, en las dimensiones comunitaria y apostólica⁴¹.

La catequesis es el periodo intensivo de formación al servicio de la iniciación cristiana que, de manera orgánica, sistemática e íntegra se introduce al catequizando en los misterios de la fe y de la vida cristiana, para que adquiriendo sólidos rudimentos, pueda llegar a la comunión de vida con Cristo. En este proceso el catequizando estará sostenido por la comunidad cristiana, concretado en la persona del catequista y del sacerdote.

Sabemos que el sujeto responsable de la catequesis es la comunidad cristiana y que una de las acciones propias del presbítero es «suscitar en la comunidad cristiana el sentido de la común responsabilidad hacia la catequesis, como tarea que atañe a todos, así como el reconocimiento y aprecio hacia los catequistas y su misión»⁴². Está claro que la misión es de todos, lo mismo que la responsabilidad, pues el verdadero sujeto es la Iglesia que continúa la misión de Jesucristo animada por el Espíritu Santo. Esta conciencia de responsabilidad personal y comunitaria debe llevar al presbítero, como pastor y guía, a impulsarla en cada miembro de la comu-

37 Cf. L. SORAVITO, *Presbíteros animadores*, 50-67.

38 Cf. RUPRI, G. *Ministro Della Parole*, 19-21.

39 Cf. R. PALMERO RAMOS, *La catequesis en el ministerio sacerdotal*, 119.

40 Cf. CT 19.

41 Cf. AG 14; DGC 51; SE 54-55.

42 DGC 225.

nidad parroquial⁴³, creando conciencia de ello en todos y cada uno de los que viven en su seno.

Es fundamental la consideración de que la catequesis no es una acción más, sino la etapa básica del proceso evangelizador, a la cual hay que cuidar con esmero si queremos unas comunidades evangelizadas y vivas. Al mismo tiempo se hace necesario romper con el concepto de que la catequesis es cosa de niños, para pasar a entenderla como la etapa intensiva donde el creyente fundamenta su fe después de su primera conversión y donde descubre la manera eclesial del seguimiento a Jesucristo, camino, verdad y vida. Tampoco la catequesis la podemos identificar como un periodo breve de tiempo en el que se prepara algún sacramento, sino el acompañamiento de un creyente hasta su madurez de fe, la que profesará en la celebración cristiana de los sacramentos. No es la catequesis una enseñanza que transmite simplemente unos conocimientos, sino el periodo de aprendizaje de la vida cristiana⁴⁴. Asimilar esta nueva concepción de catequesis posibilitará que busquemos en las comunidades cristianas itinerarios que ayuden a la iniciación cristiana.

En catequesis, el sacerdote ejerce un servicio que es esencial⁴⁵. Por una parte, ejerce como catequista, esto es, debe implicarse en la tarea directa de la catequesis acompañando a un grupo de personas con competencia y autenticidad. Por otra parte, no debe ser un mero organizador y animador de la tarea catequética parroquial, sino que por ser el primer catequista de la comunidad, buscará espacios y medios para ejercer su ministerio con aquellos que participan en los procesos catequéticos. Con todos tendrá contacto y a todos, en algunos momentos concretos, procurará completar la tarea del catequista, aunque nunca suplantarla, mediante acciones o actividades concretas. Habrá ocasiones en el proceso catequético en el que su servicio será necesario: las celebraciones de cada etapa, la celebración de los sacramentos: la eucaristía, la penitencia, etc. La celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana en el caso de que sean catecúmenos los que hacen el itinerario catequético, catequesis sobre temas específicos, actividades en las que sea conveniente su participación directa⁴⁶...

43 Cf. DGC 78; C, HUMMES, *El sacerdote y el ministerio de la catequesis* 20-22.

44 Cf. J. I. RODRIGUEZ TRILLO, *El sacerdote y la catequesis hoy*, 69.

45 Cf. JM. ESTEPA LLAURENS, "La responsabilidad y tareas del sacerdote en la acción catequética", en SECRETARIADO NACIONAL DE CATEQUESIS, *El sacerdote y la Catequesis. XXV jornadas de delegados diocesanos de catequesis*, Madrid 1992, 150-156.

46 Cf. B. PADOVANI, «L'identità catechetica del presbítero», en *Via Verità e Vita*, 189 (2002) 22-26.

También el sacerdote será el catequista de los catequistas. Seleccionará a aquellos que el Señor ha llamado para el ejercicio de la catequesis. Procurará que los catequistas realicen con competencia y calidad su ministerio. Los formará en el ser, en el saber y en saber hacer⁴⁷. Formará con ellos una pequeña comunidad de servicio apostólico que sirva de testimonio para los catequizandos. Guiará la catequesis por la verdad de la tradición y del magisterio eclesial, haciendo que se anuncie el mensaje de Jesucristo y no la palabra humana⁴⁸. En definitiva, el sacerdote se implicará seriamente en los procesos catequéticos de la comunidad cristiana, buscando alcanzar su finalidad específica y procurando que sean procesos que inicien de verdad en la fe a cuantos participan en ellos.

Hoy, la catequesis, en el contexto de incredulidad en el que vivimos, necesita la aportación del sacerdote para que le ayude a superar la reducción de considerarla un vehículo de transmisión de conocimientos en clave escolar, y se convierta en un camino de aprendizaje vital, global, profundo y personalizador que capacite al sujeto a vivir con madurez su fe. El sacerdote buscará el encuentro entre Dios, que toma la iniciativa y llama, y el hombre, que lo acoge y le responde. Será el animador y el custodio de la catequesis, para que el creyente se impregne del misterio de Cristo y se transforme, por su gracia, en una nueva criatura que sigue a Cristo y que piensa y juzga la vida desde sus criterios⁴⁹. Al mismo tiempo, cuidará de la unión de los diferentes grupos de catequesis, de que la catequesis inicie a la vida comunitaria y en las responsabilidades apostólicas y eclesiales. Animará a la comunidad para que acoja a los que terminaron la catequesis, de modo que encuentren en ella un clima propicio para seguir el camino emprendido y continuar madurando y viviendo su fe, además de proyectarse apostólicamente en los ambientes⁵⁰.

Ya hemos dicho que la catequesis está al servicio de la iniciación cristiana pero esta, además, tiene otras fuentes de las que se abastece. El sacerdote debe ser el ministro de la comunión, coordinando las acciones pastorales que contribuyen a iniciar cristianamente, haciendo confluir en la misma dirección y hacia una fe confesante, consciente, madura y consecuente todo el proceso iniciático; alcanzar una fe en la que lo doctrinal vaya unido a la participación activa en las celebraciones litúrgicas, al ejercicio de la caridad y a la promoción de la justicia y de la paz⁵¹. El sacerdote

47 Cf. DGC 238-252.

48 Cf. L. SORAVITO, *Presbíteros animadores*, 50-67.

49 Cf. J. DELICADO BAEZA, *El sacerdote y la catequesis*, 36-38.

50 Cf. R. PALMERO RAMOS, *La catequesis en el ministerio*, 134-136.

51 Cf. SE 23.



coordinará todas las plataformas educativas para que confluyan en una progresiva iniciación cristiana:

a) La familia

Esta transmite la cultura, da la identidad personal, proporciona una vinculación afectiva, descubre el sentido de la vida, los valores morales y los criterios perdurables donde asentar la vida. El sacerdote debe planificar desde la parroquia la pastoral de atención a las familias cristianas, donde se busquen cauces y medios posibles para una adecuada preparación de los padres para el ejercicio de sus deberes. Los padres, por su parte, deben implicarse en los centros educativos donde estudian sus hijos, en los ambientes sociales y culturales en los que participan, para que sean educados desde sus convicciones. No olvidemos que en la familia los padres deben despertar la fe de sus hijos y transmitirles los rudimentos de ella haciendo, al mismo tiempo, que la fe sea vivida y practicada en el hogar. Para el ejercicio de esta misión, los padres siempre han de contar con el acompañamiento y el estímulo de la parroquia⁵².

b) El ambiente social

Nos referimos al grupo de amigos, a las actividades sociales y culturales en las que se participa, los medios de comunicación social en los que están inmersos: internet, teléfono móvil, prensa, radio, TV, revistas... En estos ambientes las nuevas generaciones reciben una gran influencia en valores, proyectos, planteamientos y modos de entender el mundo y la vida. Aquí han de estar presentes los cristianos para acompañar a estas nuevas generaciones y aportar los criterios y valores evangélicos además de ayudarles a socializar la fe. Los cristianos que estén presentes en estos ámbitos deben sentir el respaldo y el acompañamiento de su comunidad parroquial. Por otra parte, la propia parroquia puede ofrecer actividades concretas donde se eduque a los niños, adolescentes y jóvenes en esos valores evangélicos⁵³.

c) La escuela

Esta tiene una función decisiva en la formación integral del hombre. Los sacerdotes educarán a la comunidad cristiana para que haga suya y respalde el trabajo de los maestros cristianos, de los padres, cuyos hijos están siendo educados y de los profesores de religión y moral católicas.

52 Cf. SE 30 - 53.65.

53 Cf. SE 31.

Esta pastoral educativa se ha de integrar en los planes de la parroquia. Los sacerdotes concienciarán y formarán a los seglares para que trabajen en la evangelización del orden temporal, donde sembrarán la semilla del reino. Uno de esos campos de evangelización es la escuela. Allí deben estar presentes aportando su testimonio, que ha de transparentar el estilo de vida de Jesús, los valores del reino, el amor a los pobres, la actitud de servicio y el espíritu de paz⁵⁴. Los sacerdotes deben potenciar la presencia cristiana en la escuela, formando y acompañando a quienes lo hacen⁵⁵. Lo realizarán mediante el reconocimiento de esta misión apostólica, formando grupos y encuentros de profesores cristianos, haciendo que los maestros se integren en los procesos de iniciación cristiana de niños, adolescentes o jóvenes, invitándoles a participar en las tareas comunitarias, suscitando en ellos la conciencia evangelizadora⁵⁶.

d) Los movimientos y asociaciones

Las asociaciones y movimientos apostólicos de niños y jóvenes son cauces importantes de educación cristiana. Estos desarrollan su actividad en las parroquias y en los centros de enseñanza de la Iglesia, aportando elementos muy valiosos para la iniciación cristiana, tanto en lo referente al tiempo libre, como en otras realidades concretas formativas. El sacerdote debe conocer los métodos específicos de cada grupo o movimiento para situarlos dentro de las orientaciones generales de la pastoral, y ayudar a cada uno a superar la posible tentación de cerrarse en sí mismo. Aquí buscará la integración y promoverá la unidad eclesial⁵⁷.

La tarea sacerdotal de coordinación y enriquecimiento mutuo en lo referente a la iniciación cristiana, sobre todo a la de las nuevas generaciones, debe promover el concepto cristiano de hombre y de amor por el desarrollo de cada persona concreta, teniendo como fundamento el misterio de Cristo, redentor del hombre⁵⁸. Los sacerdotes, al estructurar y organizar la pastoral de la iniciación cristiana, integrarán en ella a la familia, a la catequesis, a la pastoral escolar, a las actividades de ocio y tiempo libre, a los movimientos y asociaciones apostólicas... En esta pastoral han de estar presentes los padres, los catequistas, los maestros cristianos, los profesores de religión, los movimientos y asociaciones⁵⁹ y, juntos, trabajar coordina-

54 Cf. SE 32.

55 Cf. SE 63.

56 Cf. SE 66.

57 Cf. SE 56.

58 Cf. SE 43.

59 Cf. SE 64.



dos para ofrecer un mismo camino de humanización cristiana a los que participan en este proceso.

Los creyentes que han terminado el proceso de la iniciación cristiana y han finalizado, por tanto, la catequesis que les llevó a confesar su fe y a recibir una formación cristiana básica, no quedarán excluidos de recibir en lo sucesivo el anuncio de la Palabra de Dios, sino que lo seguirán haciendo, pues deben continuar creciendo y madurando su fe, a la vez que se han de insertar como testigos de Jesucristo en medio del mundo y en la Iglesia, para lo cual necesitan la luz y el impulso de la Palabra. En esta tarea, el presbítero tiene también un papel fundamental e imprescindible como pastor de la comunidad cristiana⁶⁰.

Como ministro de los sacramentos, deberá anunciar la Palabra mediante la homilía, actividad específica del ministro ordenado. En ella, el sacerdote ofrecerá con fidelidad la Palabra para que sea alimento y luz en el corazón de todos los creyentes. Ha de prepararla, tanto en su contenido doctrinal como en la pedagogía con la que la va a transmitir, con esmero y sabiduría, para que pueda penetrar en el corazón de los oyentes como un rocío que empape su vida.

Por otra parte, en la vida y la actividad pastoral de la parroquia, el presbítero debe promover diferentes acciones que animen, orienten y formen a la comunidad en su vida cristiana y les ayude a crecer y madurar su fe⁶¹.

Al ejercer el ministerio de la Palabra el presbítero debe tener conciencia de misión y de estar vinculado a la tradición viva de la Iglesia. Al mismo tiempo buscará ser fiel a Dios y a su Palabra y al hombre que la escucha, actualizando el mensaje salvador de Jesucristo. El servicio de la Palabra lo realizará desde su debilidad mediante el diálogo, la comunicación y la propuesta. El testimonio del ministro será fundamental, pues anunciará algo que muestra con su existencia que lo vive, que se cree aquello que predica porque lo hace vida. Procurará la vinculación entre la Palabra y los sacramentos, pues aquello que se anuncia se realiza y se actualiza en los sacramentos. El sacerdote será ministro de la Palabra mediante el anuncio misionero, la catequesis, la homilía, la predicación, la enseñanza teológica, la educación católica, la enseñanza religiosa escolar, la revisión de vida y el acompañamiento espiritual⁶².

60 Cf. LG 10; CEC 773; DGC 224-225; DMVP 45-47.

61 Cf. DGC 69.

62 Cf. A. PUIG TÀRRECH, «Ministerio de la Palabra», en *Nuevo diccionario de catequética*, Vol. 2, Madrid 1999, 1465-1478.